

CRONICA CULTURAL

En la crónica pasada quedó dicha la característica, a mi juicio, del momento presente de nuestra cultura: la protección de que es objeto en todos los órdenes, pero más en el científico. Apuntada quedó asimismo la meta de esa protección: lograr un pensamiento, irreprochable en lo que pudiéramos llamar lo técnico, puesto al servicio de los valores que constituyen la entraña, no ya de lo español, sino del modo de ser occidental. En efecto, lo técnico, ¿basta? No para un Huizinga, según el cual una cultura sin misericordia no es tal cultura. Las raíces que no hagan de la nuestra simple técnica sin alma las estamos buscando en ese renacimiento del tomismo, que ojalá sea tan fructífero como es ardoroso, innegable en nuestros medios universitarios; en un centrarnos en lo religioso que si fué, como se ha dicho, clave de los mejores arcos de nuestra historia, no menos desempeñó tal función con respecto a nuestro pensamiento. De ahí que más que nunca cobre sentido la celebración, por los universitarios de toda España el día 7 de marzo, de la fiesta del patrón de catedráticos y estudiantes, Santo Tomás de Aquino. Como en los tiempos en que Fray Luis explicaba en Salamanca, nos asaltó por las calles madrileñas la estampa antigua de las rondallas universitarias, y oímos concertarse panderetas y bandurrias, laúdes y violines en serenatas a la luz de la luna, merecedoras cuando menos de la mismísima Compostela como fondo. Sólo que esta vez hay más conciencia de lo que tras ese pintoresquismo late y hay más peligros amenazando en su torno. Nos asaltaba el pensamiento de ellos escuchando al padre Silvestre Sancho, Rector Magnífico de la Universidad española de Santo Tomás, de Manila. En estos días ha sido

declarada monumento nacional la casa solariega de Miguel López de Legazpi, que con cuatro navíos, una fragata, media docena de frailes, un puñado de españoles y mucha diplomacia y más caridad consiguió ganar, que no conquistar, las Filipinas a la fe de Cristo y la libertad de Occidente. No es el menor de los peligros que esa cultura ha atravesado el odio que ha paseado su antorcha por los viejos casones virreinales del barrio de Intramuros y ha reducido a cenizas la Universidad en que se formó Quezón, y en cuyos claustros generaciones y generaciones de filipinos aprendieron el mensaje que heroicamente han venido manteniendo en medio de un Oriente hostil. Pero abrazarnos a esa cruz es nuestra razón de ser. Lo recordó el Ministro de Asuntos Exteriores en unas palabras pronunciadas en la Residencia de Estudiantes Universitarios "Loyola", y lo recuerda a cada instante el acontecer de la vida española.

Así, esas palabras han encontrado diáfano eco en el exponente de religiosidad que es la Semana Santa española. Hay en ella, sin duda, una clara expresión de esa cultura popular a la que se refería recientemente el director del Instituto Británico en Madrid, profesor Walter Starkie, autor de *La España de Cisneros* y, además, trotamundos que ha medido con sus pies los caminos de España, un violín bajo el brazo y a la espalda una carga de aventuras que contamos en su *Don Gitano*, últimamente publicado. Pero en el Valladolid de Juni o Gregorio Hernández; en la Málaga *cantaora*, esta vez de dolientes saetas; en la Sevilla de acacias y balcones floridos al paso de la *pearl of world*, como andaluzamente llama a la Macarena Charles David Ley, cuyo libro de versos ha traducido José M.^a Alfaro; en la parda y románica Zamora, hay algo más que simple folklore: hay la expresión de un modo de ver la vida, sin el cual no sería concebible nuestra cultura, y que se perpetúa en un Marco Pérez, en un Ignacio Pinazo, en un Jacinto Higuera, en un José Capuz, continuadores modernos de la imaginería policromada en que encontró su más alta expresión el barroco español de la Contrarreforma.

Por lo que lo religioso tiene de entrañable para el ser español merece especial relieve la noticia del aumento de

haberes del Magisterio y del Clero. Del primero se ha escrito lo suficiente para que, aun sin caer en beaterias culturalistas, debamos estimarle como pilar de una sociedad. Si del segundo se ha escrito mucho menos, sentimos aún más hondamente su trascendencia. Sociedades sin analfabetos son, ciertamente, cosa deseable, pero siempre que no nos hagan olvidar el riesgo del analfabeto *leído y escrito* que alguien denunciara. Sociedades hondamente religiosas son más seguro soporte para la verdadera cultura a la que antes he aludido con palabras de Huizinga; por lo cual ha de ser doblemente bien venida la medida que digo. Se trata, además, de asegurar aquello sin lo cual nuestra cultura, irremediablemente, dejaría de ser.

EL MENSAJE DEL PAPA. EL MENSAJE
DE TRENTO. EL MENSAJE DE MELLA.

De ahí la importancia de cuanto tienda a asegurar en las minorías la conciencia de su misión. Caracterizan a las de este momento tres vertientes, que podrían ser: la religiosa, la histórica, la política. No sería difícil encontrar, en estos dos meses, manifestaciones de esas tres facetas. Está, en cuanto a la primera, el estudio incesante de que es objeto el pensamiento de Su Santidad Pío XII, estudio que ha tomado las manifestaciones, ora de filial homenaje, como en la sesión con que el Instituto Central de Cultura Religiosa Superior celebró el sexto aniversario de la coronación del Pontífice; ora de cursos, como el celebrado en Zaragoza sobre las doctrinas pontificias, en el que intervinieron el catedrático de la Central D. José Gascón y Marín, el rector de la Universidad de Zaragoza Sr. Sancho Izquierdo, el director del Instituto de Estudios Políticos Sr. Castiella, el ex ministro Sr. Larraz y el secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas Sr. Albareda; ora de conferencias —gran parte dedicadas al tema, tan caro a Su Santidad, de la restauración de la familia—; ora de concursos, como el convocado en 1944 por el Patronato del Premio Bofarull, de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, sobre “El orden interno de los pueblos, según el mensaje de S. S. Pío XII”,

que ha sido adjudicado al trabajo conjunto de José Antonio García de Cortázar, miembro del Instituto de Estudios Políticos, y el autor de esta crónica.

En cuanto a las otras tendencias, bastaría atenerse al homenaje tributado a cuanto representó el Concilio de Trento, cuyo cuarto centenario se conmemora ahora. En el curso organizado por la Vicesecretaría de Educación Popular han intervenido el obispo auxiliar de Madrid doctor Morcillo, los catedráticos D. Manuel Ballesteros y D. Manuel Ferrandis, el Rvdo. P. López Gallego, catedrático del Seminario Conciliar, el P. Villoslada, S. J., y el P. Venancio Carro, O. P. Alguien, desde la prensa, ha establecido la comparación casi inevitable: Trento y San Francisco. También nuestro tiempo está necesitado, en efecto, de concilios. Pero cuando aquél eran las cosas del espíritu las que primaban. Que vuelvan a primar es menester en un mundo más que nunca necesitado de ellas.

Insistir en el conocimiento de nuestra historia, purgándola, como en el caso del *Pedrarias Dávila*, de Alvarez Rubiano, de toscos chafarrinones para dejarla reducida al claro oscuro real — más claridad que otra cosa —, es, a no dudarlo, buen camino para llegar a su clave religiosa. Calcúlese lo que suponen, como tipos raciales, figuras cual la de un beato Juan de Avila, estudiante de Leyes en Salamanca entre los años 1514 y 1518, a quien, por cumplirse en éste los cincuenta años de su beatificación, el Colegio Mayor Eclesiástico "Maestro Avila", de Salamanca, con la colaboración de las dos Universidades, eclesiástica y literaria, va a recordar en un ciclo de conferencias. Pero es que al mismo resultado conduce en última instancia nuestro tradicional pensamiento político. Fué una de sus primeras figuras en el inmediato pasado la de D. Juan Vázquez de Mella, de quien interesa destacar en particular lo que constituyó el núcleo de su sistema: su antiabsolutismo, propio de quien, sobre todo, buscó atenerse a las normas de una religión que supuso siempre, junto a la afirmación de verdades superiores al arbitrio de los hombres, la defensa de éstos frente a cualquier pretensión inmoderada por parte del poder temporal. D. Esteban Bilbao, presidente de las Cortes, escogió, con motivo de su

recepción en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, la figura del pensador tradicionalista para, sobre ella, levantar el concepto del orden como fundamento de todo sistema político; más aun de sistemas tan armónicos como el socialismo de Mella, fundado precisamente en la justa distribución de funciones entre el Estado y las sociedades menores, no menos señoras de su propia esfera que el Estado de la suya, siquiera le estén subordinadas en cuanto a sus fines convenga; solución equilibrada entre las dos fuerzas en pugna de toda relación política, autoridad y libertad —ahora justamente la ha aireado el marqués de la Eliseda en un libro de tal título—, que ha caracterizado siempre, por lo demás, dentro de sus posibles variantes, el pensamiento de nuestra raza.

“SANGRE DE HISPANIA FECUNDA...”

Ello se ha puesto de relieve con motivo de la reunión —en la orilla de las tres carabelas, que diría Machado— del ministro de Asuntos Exteriores español, Sr. Lequerica, con el nuncio de S. S. y diplomáticos de Portugal, Perú, Brasil, Salvador, Santo Domingo, Uruguay, Venezuela, Bolivia, Nicaragua, Cuba, Ecuador, Argentina, Colombia y Chile, en unión, para que la presencia del Nuevo Mundo fuera completa, de un representante de los Estados Unidos de Norteamérica. Fué así una total representación del mundo cristiano de Ultramar la que recibió la acogida cordial de Sevilla, “donde casi todo tiene ya mil años”, como escribiría Sánchez Silva, y meditó ante Palos, tendido junto al río Odiel bajo la caricia de un cielo de turquesa, y ante Moguer y después Niebla, y Huelva, y La Rábida, vuelta ésta al mar, camino de las Indias. Un descendiente de los Pinzones fundó, va para setenta años, la Sociedad Colombina Onubense. En esta conmemoración del CDLII aniversario del regreso de las naves descubridoras, la Sociedad ha podido celebrar una sesión solemne en el patio mudéjar del monasterio de La Rábida. Allí fueron nombrados miembros los jefes de las misiones diplomáticas americanas. Allí se celebró la restauración del monasterio hecha por Luis M. Feduchi. Allí, sobre todo, resonaron las nobles

CRÓNICAS

palabras con que hermanos de Ultramar cantaron la gloria de un pueblo que al salvar con el agua del bautismo a una gran parte de la humanidad de sus teologías solares, la infundió un espíritu que hoy se mantiene en pie: el de la Hispanidad, que es más de nuestro gusto esta palabra que la de raza con que D. Antonio Maura instituyó la fiesta que conmemora el nacer de un mundo.

LAS CONFERENCIAS DE LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA.

A modo de complemento de las ceremonias dichas pudiera citarse la sesión de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias históricas de Toledo, en que el Sr. Lequerica hizo entrega a varios académicos de los nombramientos de miembros de honor del Comité cultural argentino de Buenos Aires. Más todavía, las conferencias con que ha continuado el ciclo de la Real Academia de Jurisprudencia. Habló el embajador del Perú, Excmo. Sr. D. Ricardo Rivera, sobre "Los fundadores españoles del Derecho internacional y el Derecho internacional americano", para mostrar cómo el Derecho de gentes nació del concepto español de la dignidad de la persona, y cómo el Derecho internacional americano encuentra sus raíces en el pensamiento de los teólogos españoles y en unos principios —los de la espiritualidad trascendente, el valor de la persona humana y la libertad moral— que "están en nuestra sangre y en nuestro espíritu por nuestra bendita herencia católica e hispana". Herencia que, además, se caracterizó siempre por un respeto exquisito a todas las variedades que pudieron encontrarse unidas por el común abrazo del Imperio, como demostró D. Santiago Fuentes Pila en la siguiente conferencia sobre las "Ordenaciones filipinas", que Felipe II de España y I de Portugal diera para este país, con relación al cual el conferenciante abogó por la fórmula de Sardinha: unidad peninsular y dualidad libre y soberana. De esa otra rama de la gran familia ibérica fué el conferenciante siguiente, D. Mario Pimentel Brandao, embajador del Brasil, que trató de "El reconocimiento diplomático de los Estados y Gobiernos", donde la índole más estrictamente jurídica del tema no

fué óbice para que al final propugnara por un acercamiento de los pueblos “que anhelamos ver junto a nosotros”, como caracterizados por “comunes aportes de raza, lengua, religión, tradiciones y tendencias”; todo lo cual se explica si se considera hasta qué punto la gente peninsular preparó a los pueblos de Ultramar para que fueran lo que son. Aun las actuales fronteras de las naciones americanas fueron dibujadas de antemano por las Reales Audiencias, como señaló D. Antonio Goicoechea, decano del Colegio de Abogados de Madrid, en la conferencia que clausuró el ciclo. Trató en ella de “Los juristas y el espíritu jurídico en la América hispánica durante la época colonial”, y puso de relieve el carácter eminentemente civil —como obra de juristas— que caracterizó aquel régimen. La Hispanidad, terminó, no es sólo un complejo religioso, idiomático y literario, sino jurídico, basado en la independencia verdadera del orden judicial. En la justicia, pues, por encima del poder, esencia del pensamiento político español.

VERDAGUER, TIRSO EN EL ESPAÑOL
Y LAS LETRAS DE HOY.

Representante ilustre de ese pensamiento, en otro orden de cosas, fué Jacinto Verdaguer, de cuyo nacimiento, en un pobre lugar de payeses de Folguerolas, celebramos el centenario. Del interior de la Argentina nos venían no hace mucho noticias de Falla, dando los últimos toques a su grandioso poema sinfónico inspirado en *La Atlántida*, que el poeta catalán terminara en medio del Océano cantado en el poema. No dudamos del acierto en la conjunción de ambos genios. Pues Mosén Cinto lo fué. Como lírico, sólo se le ha pospuesto por alguien a San Juan de la Cruz. Como épico, se ha traído a cuenta para emparejarle el nombre de Camoens. Si se sale de la Península, del otro lado del Pirineo, el del autor de *Mireio*. Gentes todas hechas en los moldes ya rotos de una épica popular, tanto más universal cuanto más enraizada en el localismo de las lenguas vernáculas, en modo alguno inadecuadas para cantar glorias nacionales cuando el común latir forja una unidad, por íntima, indestructible.

Que ese servicio —bajo no importa qué formas— a las profundas razones del pueblo falta en parte de la poesía contemporánea, se dice, no sé si con fundamento o sin él, por ahí. También que el neoclasicismo en que ha terminado la vuelta a los metros rigurosos que se iniciara hará unos diez años, ha derivado en pura forma sin contenido, cuando no en decadentismo ausente de las razones que deben mover nuestra cultura. Si ello se ha rebatido a propósito de obras como la reciente de Ridruejo, *Poesía en armas*, ha sido raíz de inacabable discusión con relación a grupos como los de la revista *Garcilaso*. Pero es que lo mismo se ha dicho de la novela, del cine, del ensayo, del teatro... En éste se ha dado, por ejemplo, en el María Guerrero una versión de *El pirata*, de Achard, y en el Español una del *Don Gil*, de Tirso, en la que se ha logrado revivir el espíritu guñolesco de ese “juego de burlas” que es la obra del mercedario. Pero ni eso, ni el que Benavente continúe estrenando y, tras *Los niños perdidos en la selva* y *Nieve en mayo*, nos brinde en *La ciudad doliente* una muestra de lo que llama “novela escénica”, ni aun obras como *El puente de los suicidas*, de Víctor Ruiz Iriarte, es suficiente para hablar de una renovación de la escena. Tampoco el que en el célebre palacio Güell de Barcelona, en que Gaudí derrochó su archibarroca pompa ornamental, vaya a instalarse un Museo del Teatro, por muy interesante que ello sea y nuncio de posteriores y posibles renovaciones.

Figura consagrada, como D. Jacinto, es asimismo en las letras un Fernández Flórez, al que en las librerías se ha dedicado la semana del 2 al 7 de abril. Lo mismo “Azorín”, que, casi a los setenta y dos años, ha visto aparecer en el año pasado, el más fecundo de toda su vida, seis libros. Es al margen de ellos como puede hablarse de cansancio, de falta de poesía creadora, de ensayo revelador, de novela humana, de teatro no alejado del pueblo... Ni quito ni pongo rey, desde esta crónica. Baste sólo la consideración de que, de ser ciertas las tales acusaciones, la cosa resultaría grave. Pues más que en parte alguna el arte en España ha de ser total y humano, en modo alguno puro juego de inteligencia, como suele serlo, vaya por ejemplo, en Francia; total y, por eso, apasionado, entrañable, ahincado en el ser de nuestro pueblo. Cosa que,

a decir verdad, no rima demasiado con esa misma agrupación en *ismos* o capillitas —catalogación de ideas, juego de ideas— a las que vemos se tiende por ahí.

MÚSICA Y PINTURA.

De la crítica a que aludo se ha exceptuado la música, en la que los conciertos sacros organizados por la Vicesecretaría de Educación Popular, con motivo de la Semana Santa, han traído el oportuno contrapunto de la música de Victoria y Palestrina a la más habitual para el gusto romántico de un público que, tras despedir a la Sinfónica en su último concierto matinal, celebrado éste en homenaje a Espinós, pudo escuchar a la Sinfónica Nacional de Lisboa, dirigida por Freitas Branco, y a los madrigalistas ingleses. Tampoco esa crítica se ha dirigido contra nuestra pintura. De siempre ha sido España tierra de pintores. Y de pintores fieles a que la pintura es esencialmente: ver colores. Es así como, frente al decadentismo de otras pinturas, los artistas españoles han podido dar una rotunda lección de realismo —que vale tanto, a mi juicio, como decir de salud espiritual— en la Exposición de floreros y bodegones, organizada en el Museo de Arte Moderno de Madrid. Del sin número de exposiciones —Olasagasti, Pantorba, Julia Minguillón, Castro-Gil, Toledo, Marabini, exposición de pintores y escultores laureados, exposición de retratos de niños—, la mencionada se destaca como una llamada en la cual la pintura española proclama su fe en la forma y el color, el volumen, el ambiente y los sentidos; en cuanto se ha llamado “pintura de pintores”. Que entre todos éstos destaca Zuloaga —el último “pintor completo” que conocemos, se ha escrito—, parece incuestionable. Que sea “el pintor de España” es lo que ponen en duda algunos para quienes la fisonomía de esta tierra es más amable que la, quizá demasiado prendida al tópic, de los cuadros del gran pintor. Mas la cuestión, aquí, es ociosa. No tanto señalar cómo D. Valentín Sambricio, pensionado por el Instituto “Diego Velázquez” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, para hacer una *Historia de la Real Fábrica de Tapices*, ha encontrado en el archivo del Palacio Real de Madrid más de doscientos

documentos que, sobre aclarar extremos dudosos de la biografía de Goya, han permitido identificar como del pintor baturro nueve cartones, hasta hoy atribuidos a Bayeu y a José del Castillo, de donde ha resultado una Memoria premiada por el Consejo. Tampoco, volviendo a lo que es demostración viva, señalar cómo, de un lado, la raíz popular de nuestra pintura se revelaría en los toreros y majos de Goya, Panadero y Lucas-Roberts, que en la exposición de arte del toreo, celebrada en Sevilla cuando la feria, debieron alternar con capotes y carteles, tratados de tauromaquia y cabezas de toros, y cómo, de otro lado, ni aun el aspecto religioso de nuestro arte quedó enteramente descuidado; prueba, la exposición de pinturas, tallas, marfiles y grabados que en Barcelona ha podido celebrarse bajo el título de "El arte en la Pasión de Cristo"; prueba, la obra de un Celestino Sánchez de León, donde las sombras habituales de nuestros clásicos han cedido el paso a una luz risueña tras la que se adivina la presencia de quienes modernamente airearon el ideal de un arte religioso católico —Cezanne, Denis, Desvalloeres—.

LIBROS Y ACADEMIAS.

Si las críticas hechas a las otras artes son ciertas, ¿hasta qué punto no entrará en su distanciamiento el desvío de una gran parte del "público"? Recientemente, Lain Entralgo pedía más atención para la producción filosófica, en la que se cuentan obras de la envergadura de *Naturaleza. Historia. Dios*, de Zubiri. Sin embargo, las estadísticas de los últimos años señalan un decidido aumento del gusto por el libro formativo; más especialmente, eso sí, por la literatura histórica y religiosa. No sería difícil que en esto influyeran decisivamente esfuerzos editoriales como el de la Biblioteca de Autores Cristianos, que el año pasado puso ya al alcance de sus lectores, en tomos esmeradamente presentados, la traducción directa de la Biblia, de Nacar y Colunga, y la *Suma poetica*, "amplia colección de la poesía religiosa española", y ha continuado con las obras de San Francisco de Asís, las en castellano de Fray Luis de León y las

del P. Rivadeneyra. Pero, volviendo a los más rigurosos círculos de cultura, será cosa de anotar que este año se ha cumplido el cincuentenario de la publicación del primer fascículo de los *Monumenta Historica Societatis Jesu*, iniciados —el título muestra quizá el mimetismo de los *Monumenta Germaniae Historica*— con el fin de reunir todas las fuentes posibles en torno a los principios de la Compañía. En 1929 la empresa se trasladó a Roma, en trance de universalización. Su origen, empero, su carácter y aun parte de sus actuales colaboradores y su director, el P. Pedro Leturia, S. J., son tan españoles como para permitirnos saludar desde aquí a una obra ya de fama mundial.

Añadamos a este catálogo el monumental de España, que ha emprendido el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y pasemos a las Academias. Y a los académicos, naturalmente. En la Real Academia de Medicina ha ingresado el doctor D. Julio Palacios; en la de Farmacia, el profesor D. César González Gómez, y se ha dado posesión a D. Víctor Villanueva; en la de Bellas Artes ha ingresado el compositor y catedrático del Conservatorio D. José Forn, amén de nombrarse académico en Londres al hispanófilo Mr. Tancred Borenus, director de *The Burlington Magazine*; en la de la Historia, el director del Archivo Histórico Nacional D. Miguel Gómez del Campillo, el catedrático de la Central D. Antonio G.^o Bellido, y el director de la Escuela Superior de Guerra D. Alfredo Kindelán; en la de Ciencias Morales y Políticas, en fin, el internacionalista Trías de Bes y D. José Castán, sobre cuyo Derecho civil de innúmeras ediciones puedo asegurar por ciencia propia que se han inclinado, y se inclinan, y se inclinarán, más cabezas pensativas de estudiantes y opositores que sobre cualquier otro texto jurídico de los existentes en castellano. Añádase aún que la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona ha cumplido los ciento ochenta y un años. Desde que el 18 de enero de 1764 un grupo de tertulianos de la rebotica de D. Francisco Sala fundara la entonces bautizada como “conferencia físico-matemática experimental”, para solaz e instrucción de sus dieciséis miembros, “sujetos todos juiciosos, bien opinados y de constante aplicación”, ya ha llovido; más si se considera en cuánto, desde

CRÓNICAS

entonces, ha intervenido la entidad por medio de sus socios, desde la uniformidad de medidas al telégrafo eléctrico o el modo de hacer potable el agua del mar, pasando por la dirección de los globos y la fabricación del vidrio. En la actualidad depende de la Academia, que ha publicado más de mil obras en su larga vida, el Observatorio de Fabra.

¿Algo más de Academias? Pues sí; cabe aun señalar cómo en la “salada claridad” de Cádiz, el Ateneo, presidido por D. José M.^a Pemán, presidente también de la Real Academia Española, ha acordado crear una “filial predilecta” en la “Venta de El Chato”, en el mismo istmo, entre la bahía y la playa, venta repleta de trabucos y dagas romanas, retratos del general Espartero y de toreros patilludos y, es claro, de todo el folklore de la “ciudad más antigua de Occidente”. Cosa en apariencia menos respetable que las anteriores, pero con mucho más garbo, y váyase lo uno por lo otro.

CUATRO PÉRDIDAS.

Pero de claroscuros ha de ser hecha toda crónica, y así es forzoso que a lo pasado siga la noticia dolorosa de la pérdida del miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, abogado, diputado a Cortes, D. Rafael Marín Lázaro; de Federico Izquierdo Luque, de quien nos ocupamos en la pasada crónica con motivo de la concesión del premio de periodismo “José Antonio”, y del padre Crisógono de Jesús, carnemita —“una gloria nacional”, según palabras del ministro de Educación—, fundador y director de la *Revista de Espiritualidad*, estudioso apasionado de la vida y el pensamiento de San Juan de la Cruz, a quien la muerte ha sorprendido cuando trabajaba en una Historia de la filosofía en España. Fernández Almagro recordó otra pérdida, ésta inadvertida para los más: la de Antonio de Zayas, cuyas poesías nos conducen al 1900, cuando, frente a la riada incontenible del modernismo de Rubén, plantó el empaque de sus versos “a la antigua”, y la nobleza de un tema —el del español— que no dejaría de influir, señala F. Almagro, tanto en el Ricardo León de *Casta*

de hidalgos como en el Marquina de *En Flandes se ha puesto el sol*.

OTRAS CONFERENCIAS Y OTRO CENTENARIO.

Mucho ha quedado ya apuntado. Agreguemos algunos nombres: Pérez Bustamante, en la Escuela Diplomática, estudiando "La corte española del xvi en las relaciones de los embajadores venecianos"; D. Federico Castejón, disertando en la Real Academia de Jurisprudencia sobre "Iniciación a la unificación legislativa de España y las naciones iberoamericanas"; el ex ministro D. Juan Ventosa, señalando en el mismo local las posibles salidas en esta que llama "encrucijada de la historia"; D. Manuel Fuentes Irurozqui, que estudió la evolución desde los planes financieros a la conferencia de Rye, en la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales; el ministro de Venezuela y profesor de la Universidad de Caracas, doctor Cristóbal Benítez, con sus "Consideraciones sociológicas sobre la democracia y los partidos políticos", en la Real Academia de Jurisprudencia; el profesor Yanguas, tratando en la Universidad de Barcelona de "La escuela clásica española del Derecho de gentes y el nuevo orden internacional", y, en fin, Gregorio Marañón, que ha marchado a Oporto a dar tres conferencias en la Facultad de Medicina y otra sobre el Greco, y el director de *The Tablet*, Mr. J. Douglas Woodroff, cuya visita a España nos ha permitido conocer a través de las conferencias por él pronunciadas la situación presente del catolicismo en el Reino Unido.

Que el mundo comprenda nuestra cultura —esto es, nuestro ser— es también de desear. Buen medio el de los cursos para extranjeros, como éste que se ha venido dando en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Mejor medio el de conocernos más a nosotros mismos, para que así nos conozcan. Es cosa de volver a lo vivo de nuestro pasado. La modernidad de Quevedo, sin ir más lejos, está fuera de dudas. Y de Quevedo es ese otro centenario al que aludía; de Quevedo, sobre el cual ya trataron en el Aula de Cultura del Ateneo Muñoz Cortés y Cardenal Iracheta, y en cuyo honor

la Real Academia Española prepara un acto conmemorativo y un concurso sobre el léxico del escritor cuyo pensamiento brilla con frío centelleo de navaja —dijo, creo que d'Ors— en nuestro pasado. Pues sucede que es ése un pasado singularmente vivo. En su *Novísimo glosario*, el mismo d'Ors pedía para Suárez, “el Leibniz español”, la estatua que su grandeza reclama. El volumen de nuestro ayer sólo ahora quizá empieza a apreciarse unánimemente en cuanto tiene de incitador para la empresa de elaborar una cultura positiva, intrépidamente afirmativa; la única necesaria, y, añádase, la única posible en un país que, o va por todo —saber de salvación; política de Dios—, o no quiere nada.

* * *

De esa cultura esperamos el anual examen de conciencia que viene a ser la feria de libros en Recoletos. Ya se celebró el Día del Libro, con las exequias en la iglesia de las Trinitarias, donde yacen los restos de Cervantes, por éste y demás cultivadores de las letras patrias, y la sesión solemne en el Instituto de España, y los libros a la aventura por las esquinas de las calles, en tenderetes que paren al transeunte desocupado y le obliguen a la compra; pero ello es sólo introducción al gran concilio de los libros que durante días y días tendrá lugar en Recoletos, donde ya se alzan los puestos, que este año ocuparán también volúmenes de Portugal.

JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO.

RECENSIONES

